LAS
CUATRO DE LA MAÑANA

Yo y mi suegra.

JUGUETES EN UN ACTO Y EN PROSA

TOMADOS DEL ALEMÁN POR

D. LUIS REDONET Y LÓPEZ-DÓRIGA



MADRID
IMP. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.

1903

LAS CUATRO DE LA MAÑANA

YO Y MI SUEGRA

LAS CUATRO DE LA MAÑANA

Yo y mi suegra.

JUGUETES EN UN ACTO Y EN PROSA

TOMADOS DEL ALEMÁN POR

D. LUIS REDONET Y LÓPEZ-DÓRIGA



MADRID
IMP. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.
1903

LAS CUATRO DE LA MAÑANA

PERSONAJES

ESCALANTE, *comerciante en telas.*
ENRIQUETA, *viuda joven y guapa.*
UNA VOZ.

Lugar de la acción: MADRID

DECORACIÓN

Un *boudoir* elegantemente amueblado. A la izquierda un sofá, sobre el que hay un espejo; una mesa con una lámpara encendida; al lado de la mesa una butaca. A la derecha, una chimenea con dos lámparas encendidas y un reloj. Largas cortinas caen cubriendo una ventana. En el fondo la puerta del pasillo, con dos candelabros encendidos sobre columnas, uno á cada lado.



LAS CUATRO DE LA MAÑANA



ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA *(sola, con vestido de baile y flores en la cabeza, durmiendo en la butaca).*

¡No, caballero, nunca! ¡Aléjese usted! ¡Luisa! ¡Lui!... (Despertando.) ¡Ah, Dios mío, qué sueño! Se conoce que apenas despedí á la gente, el cansancio me hizo caer en la butaca, y me quedé dormida. Creo haber llamado á Luisa. (Se levanta y va hacia la chimenea.) ¡Las cuatro! ¡Qué atrocidad! Y mi baile terminó poco después de la una: de modo que he estado durmiendo cerca de tres horas; y soñando con el vecinito, que despechado, juró impedir

mis relaciones con Ricardo. ¡Qué hombre más apestoso! Me observa de día y de noche, me sigue á pie y á caballo... Y por lo visto ni en el sueño me deja tranquila. Llamaré á Luisa para que me desnude. (Llama.) La pobre muchacha habrá entrado mientras yo dormía y no se habrá atrevido á despertarme. Pero ¿no viene nadie? Se habrá dormido también. Voy á enviarla á la cama. (Toma una vela de sobre la mesa y sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II

(Apenas sale Enriqueta se oyen fuertes ronquidos detrás de las cortinas que cubren la ventana.)

ESCALANTE (solo).

¿Quién ronca tan escandalosamente? (Separa las cortinas y se ve con frac en el espejo de enfrente.) ¿Estoy solo? Entonces he sido yo. Duermo de una manera tan estre-

pitosa, que frecuentemente me despierto á mí mismo. (Avanza hacia el proscenio.) En fin, el caso es que he descansado. Ayer, después de una noche toledana en el ferrocarril, llegué á Madrid completamente molido. Mi sobrinito, á cuya casa me dirigí, había partido para no sé dónde, hacía cuarenta y ocho horas. Como cené solo, lo hice volando, tomé una ciruela de postre... No, un dátil... No, no, una ciruela, y me fuí á visitar á mi amigo Rodríguez, que se empeñó en traerme á este baile. Le hice presente que estaba demasiado cansado, después del viaje, para ir á ninguna parte; pero se empeñó, y me dijo que aquí podría encontrar al Ministro de Gracia y Justicia, á quien, según sabía, tenía yo que hablar. Cedí al fin y me condujo á esta casa, y me presentó á la señora, una viudita joven y muy guapa. Como yo también soy viudo, observo que las viudas son siempre las que más me gustan. Además de que, á mi juicio, es un héroe el cónyuge que vence en la lucha á vida ó

muerte en que consiste el matrimonio. Después de la presentación, nos dedicamos á buscar al Ministro. Recibí un sinnúmero de pisotones, que me apresuré á devolver; y al cabo de un cuarto de hora de este endemoniado juego, en el que ninguna ventaja alcancé, mi amigo Rodríguez se puso á jugar al tresillo y yo me senté en una butaca detrás de esa cortina, para descansar un momento. De fijo habrá venido ya el Ministro. Voy á ver si le encuentro. (Se pone los guantes y se arregla la corbata y el traje delante del espejo.)

ESCENA III

ESCALANTE *y* ENRIQUETA

ENRIQUETA

No hay nadie por ahí afuera. No esperaron la orden de irse á la cama. (Ve á Escalante.) ¿Un caballero? ¿Qué es esto?

ESCALANTE (aparte).

¡Ah! La señora de la casa.

ENRIQUETA

¿Quién es Ud., caballero?

ESCALANTE

Escalante, Luis Escalante. Recuerde Ud., señora; he sido presentado esta noche por el Sr. Rodríguez; ya le conoce Ud.; Rodríguez, el de la nariz larga. Yo también tengo la nariz larga, pero la de Rodríguez es mayor.

ENRIQUETA

Sí, caballero, ya recuerdo, pero ¿qué es lo que hace Ud. aquí?

ESCALANTE

Había entrado un momento, porque en el salón hace muchísimo calor. Pero ahora mismo me vuelvo allá.

ENRIQUETA

¿Y qué va Ud. á hacer en el salón?

ESCALANTE

Bailar, señora, bailar. ¿Cree usted que yo no sé ó no puedo ya bailar?

ENRIQUETA

¿Bailar quiere Ud.? ¿Con quién?

ESCALANTE

(Aparte.) Se conoce que no tiene pareja. (Alto y con galantería.) Con Ud., señora, si es que me concede ese honor...

ENRIQUETA

Pero, caballero, ¡si mi baile ha terminado!

ESCALANTE

¡Ah, vamos! ¿Tan pronto?

ENRIQUETA

Son las cuatro.

ESCALANTE

¿Las cuatro? (Mira su reloj.) En efecto; las cuatro y diez. Yo siempre llevo adelantado el reloj diez minutos.

ENRIQUETA

Pero ¿qué ha hecho Ud. en toda la noche? ¿En dónde se ha metido Ud.?

ESCALANTE

Pues... me he dedicado á mis pensamientos, ahí, detrás de esas cortinas. (Las señala.)

ENRIQUETA

Ya comprendo. Se ha dormido Ud.

ESCALANTE

¡Oh, señora! De ningún modo. (Indignado.)

ENRIQUETA

Pues entonces, no comprendo...

ESCALANTE (variando de tono).

Sí, señora; me he dormido.

ENRIQUETA

Y mientras tanto se han ido de mi casa todos los invitados.

ESCALANTE

Cómo, mi amigo Rodríguez, el de la nariz larga. ¿También se ha marchado el Ministro de...?

ENRIQUETA

Es Ud. el único extraño que queda en mi casa.

ESCALANTE

Entonces, señora, debo marcharme también. Usted perdone... (Toma su sombrero de entre las cortinas.)

ENRIQUETA

¡Un momento, caballero! Mi casa está ya completamente cerrada y mis criados duermen.

ESCALANTE

Les despertaremos.

ENRIQUETA

¿Y el portero, á quien dije que no quedaba nadie?

ESCALANTE

Le despertaremos también.

ENRIQUETA

De ningún modo; no piense usted en ello.

ESCALANTE

¡Por Dios, señora! Déjeme Ud. despertarle; para eso son los porteros.

Lo demás corre de mi cuenta; le daré una buena propina, le llamaré "señor inspector de la casa". Ya sé yo entenderme con la gente.

ENRIQUETA

Imposible, caballero. ¿Qué pensaría al ver salir un hombre de mi casa, tres horas después que todos los demás?

ESCALANTE

¡Esto parece una encerrona!

ENRIQUETA

¡Oh, caballero!

ESCALANTE

Bueno; discurramos con calma... Para abandonar una casa, hay que salir por la puerta.

ENRIQUETA (algo temerosa).

Ó... ó por la ventana. (Se la señala.)

ESCALANTE

Justo; cuando se vive en un entresuelo. Pero ¡cuando se vive en un segundo piso!...

ENRIQUETA

En el primero, caballero; es el que sigue al entresuelo.

ESCALANTE

Se llamará como quiera, pero es un segundo piso.

ENRIQUETA

Caballero: me parece que Ud. será hombre...

ESCALANTE

¿Yo? ¡Oh, no! Yo soy un comerciante en telas.

ENRIQUETA

Y no querrá Ud. llevar á una seño-

ra decente, al sacrificio de una situación que Ud. mismo ha acarreado.

ESCALANTE

¿Yo? ¿Cómo?

ENRIQUETA

¿Cómo? Durmiéndose.

ESCALANTE

¡Es verdad! ¡Yo tengo la culpa!

ENRIQUETA

Por eso no debe Ud. negarse á ninguna de mis súplicas. (Le muestra la ventana). Ensaye Ud., á lo menos.

ESCALANTE

¿A saltar por la ventana? Perdone usted, señora; hay proposiciones que no debe escuchar nunca un comerciante que pasa de los cincuenta y se acerca tranquilamente á los sesenta.

ENRIQUETA (suplicante).

Se puede Ud. dejar caer por una cuerda que traeré y ataremos á una parte bien segura. Yo le conjuro á usted, caballero, para que guarde mi honor, ya que Ud. tiene la culpa de todo.

ESCALANTE (titubeando).

Como hay Dios, señora, que si viviera Ud. en un entresuelo, la complacería ahora mismo... Pero así...

ENRIQUETA (cogiéndole de la mano).

Venga Ud., caballero. La noche está obscura y nadie puede verle.

ESCALANTE

Señora, déjeme Ud., por lo menos, echar antes algunos colchones, algunos edredones...

ENRIQUETA

¡No, no! Venga Ud. Yo se lo su-

plico. (Se acercan á la ventana y Enriqueta levanta la persiana, pero la vuelve á dejar caer de pronto, porque ve luz en la ventana de enfrente, y dice toda asustada y á media voz.) ¡Oh, escóndase usted!

ESCALANTE

¿Qué? ¿Apunta alguien con una pistola? Pues no tema Ud.; yo soy la víctima.

ENRIQUETA

No; es que todavía hay luz enfrente.

ESCALANTE

No se habrán acostado.

ENRIQUETA

Se me observa, se me acecha. Es un caballero que ha jurado perderme. ¡Que no le vea á Ud.!

ESCALANTE

Bueno; entonces no es posible salir por la ventana. (Aparte.) (¡Bendito sea ese caballero!) (Se sienta en el sofá.)

ENRIQUETA (después de una pausa).

¡Ah! ¡Estamos salvados!

ESCALANTE

¿De veras?

ENRIQUETA

Son ya las cuatro y media.

ESCALANTE (mira su reloj).

En efecto, y diez minutos más.

ENRIQUETA

Permanezca Ud. aquí hasta que amanezca.

ESCALANTE (intranquilo).

¿Hasta que amanezca? (Se levanta.)

ENRIQUETA

Mi servidumbre se levanta á eso de

las siete, y abre la puerta. Entonces puede Ud. salir sin ser visto.

ESCALANTE

¡Imposible, señora!

ENRIQUETA

¡Oh, caballero! Por mi porvenir se lo suplico, pues ha de saber Ud. que estoy á punto de volver á casarme con un hombre á quien amo. ¡Déjese usted mover por mis súplicas, por mis lágrimas! (Llora.) Antes de las ocho saldremos de esta situación tan angustiosa. De Ud. depende mi felicidad. ¡Cuide usted de mi fama!

ESCALANTE

¿Fama? Permita Ud., señora; yo también tengo fama que conservar.

ENRIQUETA (riendo).

¡Oh, la reputación de los hombres!

ESCALANTE

Hay diferencia entre unos y otros hombres. Aquí, donde Ud. me ve, hé cumplido cincuenta y tres años sin pasar ni una sola noche fuera de casa.

ENRIQUETA (sonriente).

¿De veras?

ESCALANTE

Y si no vuelvo hoy, ¿qué pensarán los criados?

ENRIQUETA

La verdad. Creerán que ha estado usted en un baile.

ESCALANTE

¿Cree Ud.?...

ENRIQUETA

Estoy persuadida de ello. (Le quita suavemente el sombrero). ¡No me desaire us-

ted! (Le señala una butaca junto á la chimenea.) Siéntese Ud. allí cómodamente, y reflexione en que Ud. mismo tiene la culpa de todo. ¿Por qué se durmió usted tan profundamente?

ESCALANTE (se sienta).

Tiene Ud. el don de convencer: habla Ud. con mucha facilidad. Pero si hubiera Ud. pasado la última noche en el vagón de un ferrocarril español, en compañía de un caballero acatarrado, que de la tos más escandalosa pasaba á ruidoso estornudo y de éste á aquélla...

ENRIQUETA

Por eso estará Ud. aquí admirablemente si yo avivo un poco el fuego.

ESCALANTE

¡Ah, no se moleste Ud.!

ENRIQUETA

Aquí hay leña...

ESCALANTE (se sienta junto á la chimenea y enciende fuego).

La verdad es que siento haber venido al baile de Ud.

ENRIQUETA

A las siete y media estará Ud. libre. Tres horas se pasan volando.

ESCALANTE

Ciertamente, señora. Si yo tuviera veinticinco años seguramente encontraría muy cortas las tres horas; si yo pudiera... pero hoy... á mi edad... no puedo olvidar la cama. (Bosteza.)

ENRIQUETA (le lleva un almohadón del sofá).

¡Ajajá! En esta almohada echa usted la cabeza. (Toma un taburete que hay frente á la butaca.) Este taburete para los pies.

ESCALANTE

Es Ud. muy buena. Un poco de frío es lo que siento.

ENRIQUETA (coge el tapete de una mesita del fondo).

Aquí hay un tapete. Envuélvase usted en él.

ESCALANTE

¡Oh, muchas gracias! Es Ud. la misma amabilidad, señora. (Se acomoda, cierra los ojos y bosteza.)

ENRIQUETA

El resplandor le ofenderá la vista. (Baja la mecha de las lámparas.) ¿No se está así mejor?

ESCALANTE

Sí, sí, muchísimo mejor.

ENRIQUETA (se coloca detrás de él y empieza á quitarse alhajas y adornos).

¿Hace tiempo que no estaba Ud. en Madrid?

ESCALANTE (cómodamente echado y sin abrir los ojos).

Sí.

ENRIQUETA (después de una pausa).

¿Le gusta á Ud. nuestra ciudad?

ESCALANTE

No.

ENRIQUETA (después de otra pausa).

¿Vive Ud. siempre en provincias?

ESCALANTE (se revuelve y abre los ojos).

Perdóneme, señora, pero ¿tiene Ud. mucho interés en que charlemos?

ENRIQUETA

Ninguno, caballero. Sólo me propongo distraer á Ud.

ESCALANTE

En ese caso, señora, me atrevo á suplicarla que suspenda su amena conversación. Estoy muerto de cansancio y necesito dormir.

ENRIQUETA

Como Ud. guste, caballero.

ESCALANTE

Usted misma no se moleste por mí. Retírese á sus habitaciones.

ENRIQUETA

¡Oh, caballero!

ESCALANTE

No tema Ud. nada. Enciérrese Ud.; eche Ud. el pasador. Yo duermo. (Cierra los ojos.) ¡Buenas noches, señora!

ENRIQUETA

¡Muy buenas noches! (Pausa. Le contempla.) (Aparte.) Lo mejor que puedo hacer es dejarle dormir. (Se coloca delante del espejo de la izquierda, se quita las horquillas é intenta en vano soltar el aderezo de la cabeza.) ¡Dichoso aderezo!

ESCALANTE (á media voz).

El eterno trabajo de las mujeres cuando se van á la cama. (Da media vuelta.) ¿Quiere Ud. que la ayude, señora?

ENRIQUETA

¡Oh, no se moleste Ud.! Otras veces me le quito en seguida; pero hoy no sé cómo ha puesto esa muchacha las horquillas.

ESCALANTE (se levanta y la ayuda).

Hay mujeres que llevan sobre la cabeza más horquillas que pelos. Sin que esto se refiera á Ud. ¡Ajajá! (Consigue quitar el aderezo.)

ENRIQUETA

Muchas gracias

ESCALANTE

Y ahora que estoy de pie, ¿quiere usted que la desabroche el traje?

ENRIQUETA

¡Oh, caballero!

ESCALANTE (indiferente).

¿No? ¡Bueno, bueno! Crea Ud. que lo proponía con la más sana intención. (Se vuelve á acomodar.)

ENRIQUETA (toma la lámpara de la mesa, el aderezo y los adornos).

¡Vaya, caballero, buenas noches!

ESCALANTE

¡Buenas noches! (Aparte.) ¡Al fin! (Alto.) ¡No se olvide Ud. de echar el pasador!

ENRIQUETA

(Aparte.) ¿Por qué lo dirá? (Alto.) A las siete le despertaré á Ud.

ESCALANTE

Quizá la despierte yo á Ud.

ENRIQUETA (sorprendida y aparte).

¿El á mí? La conducta de este hombre me tiene algo preocupada. Estoy segura de que no pego los ojos. (Vase.)

ESCALANTE (revolviéndose).

¡Aaah!

ESCENA IV

ESCALANTE (solo y gruñendo).

¡Si no volviera á interrumpir mi sueño! (Se levanta.) Lo mejor es que cierre. (Va á la puerta por la que salió Enriqueta.) ¡Vaya, no hay con qué cerrar! (Pausa.) ¡Qué noche, Dios mío! ¡Y si al menos hubiera visto al Ministro! Probablemente tendré que regresar á mi casita, sin realizar lo que pretendo. (Confiado, al público.) He venido á Madrid...—quédese entre nosotros, pues sólo mi amigo Rodríguez lo sabe,—he venido á Madrid

(saca un pañuelo del bolsillo y hace un gorro, que se pone en la cabeza) para solicitar del Ministro la gracia de poder tomar el nombre de Escalante, Luis Escalante. No porque el apellido de mi padre sea ridículo, no; nada más lejos de ello; pero tiene una contra. (Mira á su alrededor.) Yo me llamo Cornuado. El nombre, en sí, no tiene nada de malo, pero se presta á una facilísima y desagradable transformación. ¡Si alguien suprime una letra!... He vivido cincuenta y tres años con ese apellido y me ha ido muy bien, pero tengo un sobrino, un pollito bolsista que piensa casarse, y me dice no sin razón, que para quien recibe tantas cartas y tantas visitas como él, no es muy oportuno el nombre de Cornuado, que tan fácilmente se transforma, y mucho menos oportuno, por supuesto, para quien, como él también, va á casarse. Y como siendo hijo de un hermano no podría llevar con éxito un apellido distinto del mío, me ha suplicado que yo también renuncie al que heredamos. "Renuncia tú á ese

casamiento—le he dicho—y renunciaré yo á mi nombre...„ ¡Porque mire usted que casarse con una madrileña! Sólo en provincias se puede encontrar una mujer buena. Y eso que desde que existe el dichoso ferrocarril, también las provincianas se están echando á perder. ¡Hay tantas ocasiones!... (Durante las últimas palabras, vuelve á tumbarse y empieza á dormirse.) ¡Tantos peligros!... (Pequeña pausa. Abre los ojos y se lleva las manos al estómago.) ¿Qué es esto, Dios mío? ¿Un dolor? (Se levanta.) Si me pusiera malo en esta casa y fuera preciso llamar al médico la señora quedaba comprometida y á merced de malas lenguas. Pero no: ¡ya sé lo que es! ¡Que tengo hambre! Mientras los demás se atiborraban en el *buffet*, ¡yo tan dormidito! Esto es: no estoy enfermo; sólo necesito una lonjita de cualquiera cosa. (Toma una lámpara de encima de la chimenea.) Veré si en el comedor entablo conocimiento con algún triste y solitario capón ó si tropiezo con alguna galantina imperial y despierto á alguna botellita de Cham-

pagne, que descanse, tranquilamente tumbada, con su plateado gorro de dormir. (Sale en puntillas.)

ESCENA V

ENRIQUETA *(abre despacio la puerta, entra, y le sigue con la vista. Intranquila.)*

¿Adónde irá? Aquí pasa algo muy raro. Hace pocos momentos aparentaba el más grande cansancio; la indiferencia de que hizo gala cuando me quitó el aderezo y se ofreció á soltarme el vestido ya vi yo que no era natural. ¿Habré caído en un lazo? ¿Será Ceballos? Sólo conozco á éste muy ligeramente; le he visto algunas veces en la ventana, y de lejos en paseo, pero dada mi cortedad de vista, no se me han grabado bien sus facciones. Siempre me pareció joven, es verdad, pero puede haberse disfrazado para entrar en casa. ¡Eso de dormirse tan fácil y profundamente en un baile! ¡Ahí viene!

ESCENA VI

ESCALANTE *(con la lámpara, una fuente con una perdiz, una botella de vino y un cubierto. Sin ver á Enriqueta deja la fuente sobre la mesa).*—ENRIQUETA *(se esconde).*

ESCALANTE

¡Esta pobre tortolilla estaba completamente sola!

ENRIQUETA (aparte).

¡Va á cenar!

ESCALANTE

La verdad es que necesito recuperar fuerzas.

ENRIQUETA (aparte).

¿Qué dice?

ESCALANTE (vuelve á dejar la lámpara sobre la chimenea).

¡Oh! Se me ha torcido y desordenado la peluca.

ENRIQUETA (aparte).

¿La peluca? ¡No me he engañado! (Retrocede un poco.)

ESCALANTE (se arregla y endereza la peluca delante del espejo).

Afortunadamente, la hermosa viuda nada ha observado; duerme ahora tranquilamente.

ENRIQUETA (aparte).

¿Qué haré? ¡No puedo contenerme más! (Se acerca á la mesa y arregla el cubierto.)

ESCALANTE (la ve por el espejo y, sorprendido, se vuelve rápidamente).

¿Usted aquí, señora? Yo la suponía descansando hace tiempo.

ENRIQUETA

¿Y Ud, señor mío?

ESCALANTE (turbado).

Pues... á esta hora... el hambre.. la ocasión... la perdiz.... ¡Iré á buscar otro cubierto!

ENRIQUETA (viva).

No es necesario; muchas gracias. No tengo apetito.

ESCALANTE

¿Cómo? ¿Este avecilla la deja usted tan fría? Pues yo confieso, que siento á su vista un hambre canina, verdaderamente devoradora.

ENRIQUETA (con intención).

Propia de un joven.

ESCALANTE

Esa es la verdadera frase. Propia de un muchacho.

ENRIQUETA

¡Vaya, pues á la mesa!

ESCALANTE

Con muchísimo gusto. Pero ¡siéntese Ud. también, señora!

ENRIQUETA

No hay inconveniente. Yo haré de copera mayor.

ESCALANTE

De diosa Hebe, la hermosísima protectora de la juventud. ¡Exquisito! (Comiendo.) Aunque debe Ud. convenir en que la contraría mucho que yo no tenga veinticinco años.

ENRIQUETA

Y ¿por qué, caballero?

ESCALANTE

Porque... una cena... Champagne... Un *tête á tête* con una mujer tan bonita... (Bebe.)

ENRIQUETA (aparte).

Ya empieza á desenmascararse.

ESCALANTE

Usted perdone, señora, si le parezco atrevido, pero la abrazaría á Ud., como si no tuviese ya cincuenta y tres años.

ENRIQUETA (viva).

¿Luego Ud. confiesa?...

ESCALANTE

¿Qué quiere Ud. que confiese? (Bebe.)

ENRIQUETA

(Aparte). ¡Que eres un traidor! (Alto.) ¿Sabe usted, caballero, en dónde está la fuerza de las mujeres?

ESCALANTE

¿La fuerza de las mujeres? La de mi pobre mujercita estaba en la lengua.

ENRIQUETA (con aplomo).

La fuerza de las mujeres está en la apariencia de su debilidad. Esta apariencia, llena de orgullo á los hombres y les hace creerse superiores, pero muchos caen, al fin, de su error, y quedan prisioneros de las *débiles* mujeres.

ESCALANTE

¿Cómo? ¿Cómo? No entiendo bien.

ENRIQUETA

¿Quiere Ud. un ejemplo?

ESCALANTE

¡Oh, sí; cuente Ud.! Mientras como me gusta mucho escuchar, y mientras escucho me gusta mucho comer.

ENRIQUETA

No es cuento, sino historia sucedida á una de mis amigas.

ESCALANTE

Decía el gran Goethe que una historia apacible durante la còmida hace que sienten bien los alimentos. La de usted me servirá de postre.

ENRIQUETA

Mi amiga era joven...

ESCALANTE

Como Ud.

ENRIQUETA

Viuda...

ESCALANTE

Como Ud.

ENRIQUETA

Y, como yo también, estaba á punto de volver á casarse.

ESCALANTE

Son muchas las que reinciden.

ENRIQUETA

Una tarde estaba sola en su hotelito, cuando recibió la visita de un hombre, que era su constante y tremenda pesadilla. Aparentaba, el visitante, de cincuenta y dos á cincuenta y tres años.

ESCALANTE

Como yo.

ENRIQUETA

Como Ud. Era notario, ó dijo serlo, y charló lo indecible de su carrera,

del aumento constante de sus rentas, ¡de todo! Y como llegó la hora de comer y el fingido ó verdadero notario no se marchaba, mi amiga tuvo que invitarle á comer.

ESCALANTE

Comer con un notario debe de ser la cosa más aburrida del mundo.

ENRIQUETA

Mi amiga estaba demasiado intranquila para aburrirse.

ESCALANTE (con interés).

¿Intranquila? ¿Por qué?

ENRIQUETA (se levanta despacio y observándole mucho).

Porque por señales evidentes, como la ligereza de su paso y el fuego de sus ojos, creyó ella conocer que el supuesto notario era un joven disfrazado.

ESCALANTE (alegre).

¡Bravo! Ya preveo el desenlace. El *anciano* se quita la peluca y se arroja á los pies de la dama... (Hace ademán de levantarse.)

ENRIQUETA (se lo impide alargando la mano).

No.

ESCALANTE (tranquilo).

¿Ah, no? ¿Hay más? (Toma el vaso en la mano.)

ENRIQUETA (con solemnidad).

No tuvo tiempo de hacer lo que usted supone; porque mi amiga había envenenado el vino. (Señala el vaso que Escalante tiene en la mano.)

ESCALANTE (salta).

¿Envenenado?

ENRIQUETA

(Aparte.) El es. (Alto.) No, caballero;

tranquilícese Ud., pero... (Severa) ¿cree usted que su conducta para conmigo es la de un hombre honrado?

ESCALANTE (algo aturdido).

Pero, señora... tenía hambre, vi este avechucho en el comedor...

ENRIQUETA

Yo he negado á Ud. mi mano, pero ¿qué había de hacer si ya pertenecía á otro hombre? ¿Es esto motivo para perderme á los ojos del mundo?

ESCALANTE

¿Yo? Yo la juro á Ud....

ENRIQUETA

Ese disfraz y ese disimulo son de todo punto inútiles. Ya le he conocido. Usted no se llama Escalante.

ESCALANTE

(Aparte, aturdido.) ¿Cómo lo sabrá? (Alto.) Es el caso, señora, que mi nombre...

ENRIQUETA

¡Quítese Ud. la peluca!

ESCALANTE (cada vez más confuso).

¡También sabe que gasto peluca!

ENRIQUETA

Y no hable Ud. más de sus cincuenta y tres años, Sr. Ceballos.

ESCALANTE

¿Cómo? ¿Ceballos yo?

ENRIQUETA

Sin duda. Arroje Ud. ese disfraz, caballero.

ESCALANTE

Aquí hay algún error, señora; aquí hay algún error. Yo no me llamo Ceballos, tengo realmente cincuenta y tres años, estoy casi calvo y desde hace diez años gasto peluca.

ENRIQUETA (turbada).

¿Cómo? ¿De modo que me he engañado?

ESCALANTE

Según todas las apariencias.

ENRIQUETA

Caballero, Ud. perdone, pero la angustia, el temor y la turbación me hicieron tomarle á Ud. por un joven.

ESCALANTE

Es un error de los más grandes.

ENRIQUETA (con gracia).

¡Ah! Vuelva Ud. á sentarse á la mesa, yo se lo suplico.

ESCALANTE

Muchas gracias, no tengo ya ganas.

ENRIQUETA (le ofrece una copa de Champagne).

No tema Ud. No soy Lucrecia Borgia.

ESCALANTE

Gracias, no tengo más sed. La historieta me la ha quitado.

ENRIQUETA

Todo fué producto de la fantasía.

ESCALANTE

Sí, sí; pero como postre, después de la perdiz no me ha hecho ningún provecho. Creo que no me encuentro bien del todo. (Se sienta al lado de la chimenea.)

ENRIQUETA

¡Ay, Dios mío! ¿Se encuentra usted mal?

ESCALANTE

Sí; pero bastará un poco de éter ó de azahar...

ENRIQUETA

¿En donde estará mi botellita? Espere Ud. que en seguida vengo. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VII

ESCALANTE.—*Después* UNA VOZ.

ESCALANTE

¿A que he cogido una enfermedad? ¡San Jonás bendito! (Se levanta.) Creo que el aire puro me vendrá bien. Aquí me ahogo. ¡Oxígeno, oxígeno! (Abre la ventana.) Todavía de noche: ¿cuándo diablos amanecerá? (La ventana de enfrente se abre estrepitosamente.)

VOZ

¡Caballero!...

ESCALANTE (salta hacia atrás y corre las cortinas).

¡Oh, el vecino de enfrente! ¡Todavía esta levantado!

VOZ

Tenemos que ajustar cuentas, caballero. Se desafiará Ud. conmigo.

ESCALANTE

¡Vaya! Ya me confunden con otro.

VOZ

No se valga Ud. del escondite. Le conozco á Ud., Sr Cornuado.

ESCALANTE (sorprendido).

¡Mi nombre! ¡Sabe mi nombre!

VOZ

Y hoy, á las diez, me veré con usted en la calle de Colón, núm. 24.

ESCALANTE

¡San Jonás! ¡Mis señas! (Decidido, á la ventana.) ¡Pero señor mío!...

VOZ

¡Buenos días! (Cierra la ventana.)

ESCALANTE

¡Pero señor mío!...

ESCENA VIII

ESCALANTE.—ENRIQUETA (*con el frasco*).

ENRIQUETA

Aquí estoy ya. Pero ¿qué veo? ¿La ventana abierta?

ESCALANTE

Perdone Ud., señora. Necesitaba oxígeno.

ENRIQUETA (intranquila).

¿Le ha visto á Ud. el Sr. Ceballos?

ESCALANTE

Me ha desafiado.

ENRIQUETA

¿Un desafío? ¡Dios mío!

ESCALANTE

Lo más extraño es que ese señor me conoce. Sabe mis señas, Colón, 24.

ENRIQUETA

¡Cómo! ¿Usted vive en?...

ESCALANTE

Colón, 24. En casa de mi sobrino Ricardo.

ENRIQUETA (aparte y alegre).

¡El tío de Ricardo! ¡Qué feliz casualidad!

ESCALANTE

Esto es horrible; quiere matarme.

ENRIQUETA (aparte).

El pobre tiembla, mientras yo salto de alegría.

ESCALANTE

¡San Jonás bendito! ¿De qué me conocerá? Hace veintitrés años que no estoy en Madrid.

ENRIQUETA

(Aparte). Le ha tomado por su sobrino. (Alto.) Pues muy sencillo: ese señor le habrá visto entrar en mi casa, le ha oído nombrar á Ud., y para vengarse de mí, le amenaza.

ESCALANTE (vivo).

Pero no tema Ud., señora. Me conozco muy bien y sé que no me bato. Procuraré que reconozca mi inocencia.

ENRIQUETA

¿Cómo? ¿Y mi honor? ¿No vale nada para Ud.? Mañana andaré en boca de todo Madrid; me señalarán con el dedo; mi nuevo casamiento no se verificará, y á Ud. (fingiendo desesperación) seré deudora de todo. ¿Por qué abrió usted la ventana?

ESCALANTE

Me faltaba aire.

ENRIQUETA

¡Qué será de mí! (Llora.)

ESCALANTE

¡Llora!

ENRIQUETA

Él porvenir me sonreía con horizontes de rosa, y ahora ¡todo, todo acabó! Un obscuro abismo se abre á mis pies. ¡Estoy perdida! ¡La muerte es mi única salvación!

ESCALANTE

Pero ¡óigame Ud., señora!...

ENRIQUETA

¡Oh, ya sé lo que Ud. quiere hacer! Como hombre honrado, quiere usted prometerme que será mi esposo.

ESCALANTE (asustado).

¿Yo? ¡Jamás, señora! He jurado permanecer viudo.

ENRIQUETA

¿Y si yo lo solicitara de Ud.?

ESCALANTE

Imposible, señora. Yo la haría á usted desgraciada. Hay momentos en que soy insoportable.

ENRIQUETA

Pero quizá tenga Ud. algún hijo.

ESCALANTE

El cielo me negó esa dicha... Y como soy viudo, creo que ya no...

ENRIQUETA

Tendrá Ud. algún hermano, algún sobrino...

ESCALANTE

¿Sobrino? Sí, eso sí...

ENRIQUETA

Pues él puede reparar el daño que usted ha hecho á mi buena fama.

ESCALANTE

Precisamente, tiene muchas ganas de casarse.

ENRIQUETA

¿De veras?

ESCALANTE

Yc hasta ahora siempre me opuse; pero el mejor modo de castigar el empeño irrespetuoso con que tomó su amor, es obligarle á que sea el esposo de Ud. Esta mala pasada le servirá de lección.

ENRIQUETA

¿Mala pasada?

ESCALANTE (comprendiendo su lapsus).

No, no... quise decir, sorpresa. El será marido de Ud.

ENRIQUETA

(Aparte). ¡Al fin! (Alto.) Pero... ¿y si él me rechaza?

ESCALANTE

Si él se opone le deshereedo. Además de que... ¿por qué no se han de entender Uds.? Es un hombre de mundo, elegante y hasta guapo. Usted, á su vez, es joven...

ENRIQUETA

Veinticinco años.

ESCALANTE

Buena edad. Rica... ¡porque usted debe de tener una bonita renta!

ENRIQUETA

Cuarenta mil pesetas.

ESCALANTE

¡Cuarenta mil pesetas! ¡Oh, es usted fascinadora, verdaderamente fas-

cinadora! ¡Cuarenta mil pesetas! Pero... la verdad es que si reflexiono, ¡no veo por qué, yo que he sido el causante de todo... (Aparte.) ¡Cuarenta mil pesetas! (Alto.) he de obligar á ese pobre joven á que se case con Ud.

ENRIQUETA

¿Cómo?

ESCALANTE

Si yo todavía... Yo he sido el pecador, sobre mí debe recaer el castigo.

ENRIQUETA

¿Castigo?

ESCALANTE

Bueno: quise decir... que mi falta puede hacerme feliz. Casémonos. Acepte Ud. un...

ENRIQUETA

¡No! Ahora soy yo quien rechaza la proposición. Su sobrino de Ud. me ha gustado.

ESCALANTE

Mi sobrino, mi sobrino... Respecto á mi sobrino no he sido franco con usted. Es feo, aborrecible y aun creo que algo bizco.

ENRIQUETA (aparte).

¡Qué mentiras! ¡Pobre Ricardo!

ESCALANTE

Además, tiene tres años más que yo. Pudiera muy bien ser mi padre.

ENRIQUETA (aparte).

¡Atiza!

ESCALANTE

Conque ¿en qué quedamos? ¿Me prefiere Ud. á mí?

ENRIQUETA

¡Nunca!

ESCALANTE

Entonces, señora, me pone Ud. en la triste necesidad de forzarla á ello.

ENRIQUETA (asustada).

¿Cómo? ¿De qué modo?

ESCALANTE

Comprometiéndola á Ud. más aún de lo que la tengo comprometida.

ENRIQUETA

Pero ¿no me ha dicho Ud. mismo que seríamos desgraciados?

ESCALANTE

¡Ah! ¡Eso fué en la embriaguez del amor! (Empalagoso.) Porque yo la amo á usted, la adoro... Y si Ud. me niega esa bellísima mano, abro la puerta, la ventana... (Quiere hacerlo.)

ENRIQUETA

¡No abra Ud!

ESCALANTE (alegre).

¿Luego acepta Ud.?

ENRIQUETA (resignada).

Acepto. (Se deja caer en la butaca junto á la chimenea.)

ESCALANTE

¡Oh, gracias! ¡Mil gracias! Comunicaré á Ud. ahora un detalle que ha de alegrarla mucho. La he dicho á usted antes que tenía cincuenta y tres años. Pues bien; no es verdad. Tengo solamente cincuenta y dos y cuatro meses.

ENRIQUETA

Es lo mismo. Por lo demás, señor mío, una vez llegados á este extremo, debo confiarle á Ud. una misión muy delicada.

ESCALANTE

Todo lo que Ud. desee. (Con fuego.) ¡Todo, todo!

ENRIQUETA (le señala la mesa).

En esa mesa encontrará Ud. una caja con cartas y un retrato, que creí tener derecho á aceptar. ¿Quiere usted devolvérselo á la persona de quien lo recibí? (Se levanta.)

ESCALANTE (saca la caja).

Permita Ud., pero...

ENRIQUETA

Como es Ud. ya mi prometido...

ESCALANTE

Tiene Ud. razón. (Saca una carta.)

ENRIQUETA

¡Oh, no lea Ud. esa carta!

ESCALANTE

Como es Ud. ya mi prometida...

ENRIQUETA

Tiene Ud. razón.

ESCALANTE (recorriendo la carta).

¡Oh, es un estilo elegante y fogoso de verdad! Y ¡qué cosa más extraña! No me es desconocido. ¿El nombre de este joven? ¿Sus señas?

ENRIQUETA

Ahí lo verá Ud.

ESCALANTE

Aquí está su retrato. (Le mira.) ¡San Jonás! ¡Mi sobrino Ricardo!

ENRIQUETA

Sí, querido tío. Su sobrino, que ya no temerá ser desheredado si se casa conmigo, después que Ud. renuncie á mi corazón y á mi mano.

ESCALANTE (pasmado).

Vamos por partes, vamos por par-

tes... (Aparte.) ¡Cuarenta mil pesetas! (Alto.) El nombre de Ud. ha sido herido y comprometido por mí...

ENRIQUETA

¡Por un tío de cincuenta y tres años! (Riendo.)

ESCALANTE

Cincuenta y dos.

ENRIQUETA

Y cuatro meses.

ESCALANTE

Es la edad más hermosa.

ENRIQUETA

Para tío sí. Además de que Ud. no me ha comprometido en nada. ¿No es muy natural que un pariente tan querido y tan próximo, al venir á Madrid se hospede en casa de su sobrina? Querido tío, aquel es el cuarto de usted. (Le señala una puerta.)

ESCALANTE

¿Cómo? ¿Tiene Ud. una habitación disponible?

ENRIQUETA

Que le aguarda á Ud.

ESCALANTE

¿Y por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡Me ha dejado Ud. pasar la noche en una butaca!

ENRIQUETA

¿Sabía yo antes que era Ud. tío mío? Hoy mismo enviamos por su equipaje y se instala Ud. en esta casa.

ESCALANTE

Y el mundo no podrá decir nada.

ENRIQUETA

Y el aborrecido vecino tampoco.

ESCALANTE

¿Tampoco el vecino? ¡Ah, una idea! Venga Ud., querida sobrina; venga usted. (Abre la ventana.)

ENRIQUETA

¿Qué hace Ud.?

ESCALANTE

Ahora lo verá. (Voceando.) ¡Caballero! ¡Caballero! Perdone Ud., señor Ceballos, si vuelvo á molestarle.

VOZ

¿Qué hay? ¿Qué quiere Ud.?

ESCALANTE (toma á Enriqueta de la mano y se la presenta).

La señora de Bermejo, ¡á quien abrazo con toda mi alma, y mi sobrino Ricardo Cornuado, conocido por Escalante, comunican á Ud. su proyectado enlace.

VOZ

¡Cómo!

ESCALANTE

La joven parejita le suplica, por mi conducto, que no asista Ud. al acto de la boda, que se celebrará muy en breve.

VOZ (furiosa).

¡Esto es una burla! (Cierra la ventana con estrépito.)

ENRIQUETA (riendo).

¡Que vuelva á por otra!

ESCALANTE

Y ahora á la cama, querida sobrina.

ENRIQUETA (le da una lámpara y le abre la puerta del cuarto).

Aquí, tío. ¡Buenas noches!

ESCALANTE (la besa en la frente).

¡Buenas noches! (Sale Enriqueta. Escalan-

te avanza y retrocede dudando.) Tengo que decírselo... No, ahora á la cama... Pero...

ENRIQUETA (que vuelve).

Pero ¿qué hace Ud. que no se acuesta?

ESCALANTE

Una palabra, sobrinita...

ENRIQUETA

Usted dirá.

ESCALANTE

Que es una lástima que yo tenga algunos meses más de los necesarios, ó que no sea mi propio sobrino.

ENRIQUETA (cariñosa).

Puesto que envidia Ud. nuestra felicidad, tome Ud. parte en ella quebrantando su juramento y casándose también.

ESCALANTE

No; estoy decidido; un hombre que se casa por segunda vez, no obra como Dios manda. ¿Y la pobrecita muerta? ¡Buenas noches!



YO Y MI SUEGRA

PERSONAS

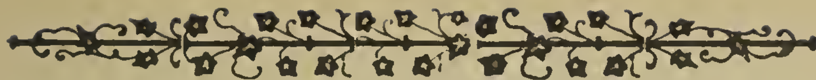
PABLO MELITÓN.
CARMEN, *su mujer.*
D.ª ASUNCIÓN, *madre de Carmen.*
MARÍA, *criada de servicio.*

Tiempo: el actual.
Lugar: una capital de provincia.

DECORACIÓN



Izquierda y derecha, las del espectador.



YO Y MI SUEGRA

ESCENA PRIMERA

CARMEN *y* PABLO

CARMEN (dentro).

Te lo suplico, querido mío.

PABLO (dentro).

No, no...

CARMEN

Quédate. ¡No seas así!

PABLO

No, y mil veces no.

CARMEN

¿No me darás ese gusto?

PABLO (saliendo por la puerta de la izquierda, con una maleta, sombrero y bastón, que deja encima de la mesa del fondo).

No te canses, porque no lo consigues.

CARMEN (saliendo detrás de él).

Pero ¿qué voy á decir á mamá?

PABLO (adelantándose hacia la derecha).

Lo que quieras, vida mía, lo que quieras. Que me he ido al Polo Norte á cazar osos blancos, ó al desierto de Sahara á coger leones, ó á...

CARMEN

Veo, Pablo, que estás muy poco razonable.

PABLO

Pues si no quieres oirme, no me hagas más preguntas. Dentro de algunas

horas me encontraré en Madrid, si la casualidad quiere que el tren no descarrile ó no se estrelle contra otro.

CARMEN

Mi madre viene con el único fin de conocerte.

PABLO

Y yo me marcho con el único fin de no conocerla. Convéncete, cielo mío, de que hay sitio bastante en la tierra para que dos personas viajen en sentido contrario. Cuando nos casamos, fué mi única súplica que me ahorraras para siempre el conocimiento de tu madre, ya que por estar entonces enferma no pudo asistir á nuestra boda.

CARMEN

Como puedes figurarte, creí que se trataba de una broma. Nunca pensé sino que tus opiniones sobre la maternidad política no tenían otro fundamento que el de ser muy comunes. Entonces estaba mi madre enferma y

no pudo venir, pero ahora desea visitarnos y tiene derecho á hacerlo.

PABLO

No le tiene, después de nuestro convenio.

CARMEN

Pero ¿no comprendes que tu conducta sólo se basa en una pueril y vulgarísima preocupación? ¿Puedes sentir odio contra mi madre sin conocerla siquiera?

PABLO

Tu querida mamá tiene que ser suegra mía.

CARMEN

Después de todo, tú lo has querido.

PABLO

Bueno, sea de ello lo que quiera, mi suegra viene á visitarme... Yo me marcho á Madrid.

CARMEN (incomodada).

Está bien. Si haces lo que piensas, yo sabré mostrarte lo que... lo que...

PABLO

¿Qué?

CARMEN

Lo que es una mujer furiosa. Si persistes en tu injustificado modo de proceder, verás convertirse á tu mujercita en una furia infernal.

PABLO (riendo).

¿Tú? ¿Tú quieres echártelas de demonio? ¿Con ese rostro tan lindo, con esa mirada tan dulce y con ese corazón tan amante? No lo conseguirás, Carmencita. (Quiere darla un beso.)

CARMEN (apartándose).

No quiero que me beses. (Echándose las manos al rostro.) ¡Qué desgraciada soy! ¡Esto no es vivir! Al ofender á mi ma-

dre, me ofendes á mí tambien. (Se deja caer en la butaca que está al lado de la mesa central.)

PABLO

Oye, oye, hija mía; no quiero ver lágrimas. Tranquilízate. ¿No adoras á tu madre? Pues vas á tener la dicha de estar con ella, y aunque yo me separe de ti es por poco tiempo, y te prometo consumirme por tu cariño.

CARMEN

¡Hipócrita! Tú en Madrid te divertirás... casi seguramente con otras mujeres. (Llorando.) Cuando vuelvas, ya no me encontrarás.

PABLO

¿Cómo? Vaya, no digas eso, y no llores.

CARMEN

¡Vete, vete! Se lo contaré todo á mi madre.

PABLO

No harás tal cosa.

CARMEN (llorando).

Y me llevará á su casa.

PABLO (aparte, suspirando y paseándose con viveza).

¡Estas mujeres!... ¡Si hubiera otro modo de resolver el conflicto!

CARMEN

(Aparte.) ¡Ya duda! (Alto, sollozando.) ¡No me quieres!

PABLO

Vaya, no digas tonterías. Soltáis lo primero que se os ocurre. (Sigue paseándose y cavilando.) ¡Se me ocurre una idea!

CARMEN

¿Cuál?

PABLO

Me quedo.

CARMEN

Eso ya lo sabía yo. (Salta de la butaca y se cuelga del cuello de Pablo.)

PABLO

Y no me quedo.

CARMEN

A ver, explícate.

PABLO

Que represento á mi único hermano. Desde el instante en que tu madre entre en esta casa, ya no soy tu marido Pablo Melitón, sino mi hermano Carlos, tu cuñado.

CARMEN

Yo no represento una comedia que carece de sentido.

PABLO

Como quieras; pero sólo con esa

condición me quedo. De lo contrario, ahora mismo me marcho.

CARMEN (con dulzura).

Esto es una broma tuya.

PABLO

Tu madre no me conoce ni por retrato... ¡Ah! Quítate ese medallón. (Se acerca á Carmen y se le quita.)

CARMEN

Pero ¿qué haces?

PABLO

Pudiera perdernos. (Le guarda en el bolsillo.) ¡Ajajá! De este modo tendré ocasión de saber lo que tu madre piensa de mí. Quiero convencerte de que no hay ninguna suegra buena.

CARMEN (irónica).

Tienes razón. Las suegras aborrecen á sus yernos, las suegras se meten en todo lo que no las importa (va au-

mentando la velocidad en el hablar), las suegras trastornan y soliviantan á la mujer, las suegras quieren gobernar á sus yernos, las suegras... (Le falta el aliento).

PABLO (algo picado).

¿Estás conforme con mi plan?

CARMEN

¿Qué remedio me queda? ¡De otro modo te marchas! Pero insisto en que procedes muy injustamente con mi madre.

PABLO

Perfectamente, y trato hecho. Me quedo, y desde ahora, para irme acostumbrando, soy mi hermano Carlos. (Con fingida formalidad.) Nunca he visto á usted tan encantadora como hoy, querida cuñadita.

CARMEN (en el mismo tono que Pablo).

Es usted muy galante, señor cuñado.

PABLO

¿Se aburre Ud. durante la ausencia de su marido?

CARMEN (con mucha dulzura).

La verdad es que no me encuentro mal lejos de él.

PABLO

¿Debo deducir de esas palabras que mi presencia no es para Ud. del todo indiferente? (Patético.) ¡Oh, señora!

CARMEN

¡Oh, caballero!

PABLO

¡Si supiera Ud. qué efecto causan sus ardientes miradas en mi amante corazón!... Yo la idolatro. (Arrodillándose ante ella.)

CARMEN (variando de tono).

¡Miserable! ¡Lejos de mí!

PABLO (levantándose lentamente).

¡Hombre, eso de miserable, es un poquillo fuerte! Aún tengo derecho á besarte. (Pausa.) Y ahora, un santo juramento: que ni tú ni yo hemos de descubrir á tu madre el engaño.

CARMEN

Bueno: yo nada diré, si tú mismo no lo haces.

PABLO

Descuida.

CARMEN

Ya lo veremos. (Abrazándole.) Acabarás por querer y respetar á mamá: ya verás cómo no merece desconfianza ni antipatía.

PABLO

¡Bah, bah!

CARMEN

Deseando estoy que la conozcas.

ESCENA II

Los anteriores.—MARÍA *(por el foro).*

MARÍA

Señoritos, acaba de parar á la puerta un coche con un baúl. Debe de ser la señora, que ha llegado.

CARMEN

¿Que ha llegado?

PABLO (á Carmen).

¿No decías que llegaba por la tarde?

CARMEN

Eso me escribió, pero por lo visto ha querido adelantarse para sorprendernos.

PABLO (disgustado).

La primera prueba de amor de mi suegra. ¡Qué poco me gustan estas sorpresas!

CARMEN

Corro á verla. (Aparte.) ¡Ya veras tú mi sorpresa! (Carmen y María salen por el foro.)

ESCENA III

PABLO *sólo.*

PABLO

El enemigo se acerca, Pablito. Quizá pretenda presentarse como cuervo blanco y apacible, pero no por eso dejará de ser cuervo. (Se oyen pasos.) ¡Ah, ahí está! ¡En guardia! (Después de dar pasos en todas direcciones, acaba por colocarse á la derecha, en el fondo, al lado del armario.)

ESCENA IV

CARMEN *y* DOÑA ASUNCIÓN *(por el foro).* PABLO

ASUNCIÓN (deja el sombrero, guantes, etc., encima de la mesa central).

Sí, aquí me tienes por fin, niña mía.

(La besa.) Deja que te contemple, después de un año que hace que no te veo. Pero ¡te encuentro algo pálida y con la mirada triste, hija querida!

CARMEN (suspirando).

¡Ah, sí!

ASUNCIÓN

¿Suspiritos? ¿Es que sientes que haya venido? ¿No eres feliz?

CARMEN

Ya hablaremos despacio, mamá. (Señalando á Pablo.) Ahí tienes á mi...

ASUNCIÓN

¡Ah, mi yerno!... (Va hacia él.)

PABLO (adelantándose con recelo).

Usted perdone, señora; no soy Pablo.

ASUNCIÓN

¿No es Ud., Pablo?

CARMEN

Su hermano, mamá; mi cuñado Carlos. (Dirigiéndose á Pablo.) ¿Verdad, querido cuñado, que tendrás la amabilidad de acompañar á mamá mientras yo veo si María lo ha preparado todo en el cuarto de los huéspedes? En seguida vuelvo. (Da un par de pasos hacia la puerta lateral, pero se vuelve de pronto, y abrazando á su madre, exclama): ¡Ah, querida mamá! (Váse rápida.)

ESCENA V

DOÑA ASUNCIÓN. — PABLO

PABLO (aparte).

¡Qué cosas más raras hace mi mujer!

ASUNCIÓN (asombrada de la salida de Carmen, mira fijamente á Pablo).

¿Qué le pasa á mi hija?

PABLO

Nada que yo sepa, señora. Hace poco, estaba contentísima.

ASUNCIÓN

Es posible, pero esas exclamacio-ciones revelan algo extraordinario.

PABLO

¡Bah! ¡Cosas de chica mimada! Pero ¿no se sienta Ud.? (Señalando la butaca del centro.) Supongo que mi mu... que mi cuñada, irá también á dar una vueltecita por la cocina y por la bodega. ¿Tiene Ud. apetito?

ASUNCIÓN (sentándose en la butaca ofrecida y sin quitar la vista de Pablo).

No; hablaremos ahora, un rato.

PABLO (aparte).

Se fija en mí con persistente mirada. ¿Sospechará que yo?... ¡Bah! No es posible. Sólo su hermano Rodrigo,

que es el que hacía las veces de padre para con la chica y que fué el que realizó nuestro casamiento, podría asegurar que yo no soy Carlos, sino Pablo. ¡Esta mujer no me conoce! (Se sienta al lado de la mesa.)

ASUNCIÓN

¿De modo que Ud. es el hermano de mi yerno?

PABLO

Para servir á Ud., señora. Hermano gemelo. Vimos el mismo día la luz de este hermoso mundo, y nos parecemos como un huevo á otro.

ASUNCIÓN

Y ¿en dónde está mi yerno? ¡Tendrá sin duda importantes ocupaciones!

PABLO

Sí, señora, sí; importantísimas. Entretanto yo le sustituyo acompañando á su mujercita.

ASUNCIÓN

¡Ah! ¿De modo que se ha marchado fuera? Pues mi hija no me ha escrito nada. ¡Y yo que he venido casi únicamente por conocerle!

PABLO

Pues ha tenido Ud. verdadera desgracia, porque creo que mi hermano tendrá que pasar fuera algunas semanas. ¡Y Ud. supongo que no dispondrá de tanto tiempo!

ASUNCIÓN

(Aparte.) ¡Qué poco me gusta este hombre! (Alto.) La partida ha debido de ser muy repentina, ¿eh?

PABLO

Sí, sí, muy repentina. Mi hermano nos aseguró que sólo por exigirlo importantísimos negocios se marchaba, pues siente muchísimo no poder conocer á Ud.

ASUNCIÓN (aparte).

Este hombre desea que yo me largue cuanto antes.

PABLO

Por lo demás celebro infinito encontrarme en lugar de mi hermano para hacer á Ud. los honores durante su *corta* estancia en ésta. (Subrayando las últimas palabras.)

ASUNCIÓN

Es Ud. muy amable, caballero. Espero, no obstante, *poder* conocer á mi yerno. Como no tengo nada que hacer en mi casa, me detendré aquí bastante tiempo.

PABLO

(Aparte.) ¡Zambomba! (Alto.) Nos será sumamente agradable.

ASUNCIÓN

También á Ud., ¿verdad? (Levantándose muy lentamente.) Vaya, seamos mutua-

mente francos. Algo extraordinario pasa aquí. Cuando esperaba encontrar á mi hija feliz y tranquila, en íntima unión con su esposo, veo con sorpresa que ocurre todo lo contrario. Mi hija me ha recibido casi con las lágrimas en los ojos, á pesar de haber sido siempre la misma serenidad y de haberme estado escribiendo las cartas más dulces y tranquilas. Yo creo que la tristeza de mi hija proviene tanto de la ausencia de su marido, como—y perdone Ud. la franqueza—como de la presencia de Ud.

PABLO (levantándose).

La tristeza de mi querida Carmen.

ASUNCIÓN

¿De su querida Carmen?

PABLO

Nos tratamos más como hermanos que como cuñados.

ASUNCIÓN

¡Ah, ya!

PABLO

No puede Ud. figurarse qué familiar inclinación y qué afecto nos profesamos. Como hermano gemelo de su marido, soy ahora el protector, el guardador, y el... de la mujer.

ASUNCIÓN

¡Ya, ya! Pero ahora, mientras esté yo, debo, como madre, participar de esa guarda ó custodia. ¿Quiere Ud. comunicarme el motivo de la tristeza de mi hija?... ¿Es quizá la ausencia de su marido?

PABLO (con rapidez).

Naturalmente, naturalmente, eso debe de ser. (Aparte.) ¡Qué preguntitas, y qué miradas!

ASUNCIÓN (aparte).

Se me figura que este caballerete está representando una comedia indigna.

PABLO (señalando á la izquierda).

Ahí viene Carmen.

ESCENA VI

Los anteriores. — CARMEN

CARMEN (muy sombría y acercándose por la izquierda).

Ya estoy dispuesta á hablar contigo, querida mamá.

PABLO (aparte).

Parece que se dispone á sostener una larga conversación.

ASUNCIÓN

Sí, sí, hablemos. ¿Por qué estás tan triste?

CARMEN

Querida mamá, puesto que el disgusto me sale á la cara, no debo guardar por más tiempo el secreto.

¡Tú, tú solamente me comprendes, querida mamá! (Se inclina, llorando, sobre el pecho de D.ª Asunción.)

PABLO (aparte).

¡Si supiese yo lo que á mi mujer se le ocurre ahora! Porque lo que está haciendo no es lo convenido.

ASUNCIÓN

¿Lloras, niña mía?... ¿Eres desgraciada?

CARMEN

¡Muy desgraciada! Pa... digo, Carlos te lo habrá dicho todo.

ASUNCIÓN

Sólo me ha dicho que tu marido ha tenido que marcharse.

PABLO

Así es.

ASUNCIÓN

Pero ¡por eso no estarás tan triste!

CARMEN

¿Por eso? ¡Oh, no! Pero ¿sabes también por lo que se ha ido? ¡Ah, madre mía!

PABLO (rápido).

¡Carmen! ¿No querrás descubrir?...

CARMEN (irguiéndose).

A mi madre debo decírselo todo.

PABLO

Pero nuestro convenio...

ASUNCIÓN

Vamos, vida mía, me estás matando de impaciencia.

PABLO

¿Qué demonios irá á decir?

CARMEN

Mi conciencia habla tan alto; que ya no es posible que callen mis labios.

Desde que te he vuelto á ver, madre mía, me avergüenzo de mí misma. Tú me enseñaste á decir siempre la verdad y no debo engañarte con una mentira. Es preciso que lo sepas todo.

PABLO

(Aparte.) ¡Perjura! (Alto.) No haga usted caso de mi mujer... ¡Digo! De mi cuñada, señora mía. (Algo bajo á D.ª Asunción.) Cuando Carmen está triste, no dice más que tonterías.

ASUNCIÓN (alto).

Caballero, Ud. procura aturdirme, no sé con qué propósito. La voz de la verdad habla por boca de mi hija. (A Carmen.) Habla, hija mía, habla. Tendrás que hacer tristes revelaciones y yo sabré recoger tus penas en mi corazón. ¿Quieres que pasemos á otro cuarto?

CARMEN

No; aquí delante de... Carlos habla-

ré, pues he tomado una resolución que también á él atañe.

ASUNCIÓN

Empieza pues. (Ambas señoras se sientan, una á cada lado de la mesa.)

PABLO (colocándose á la izquierda).

En mi vida he sentido mayor curiosidad.

CARMEN

Cuando nos casamos hace un año, parecíamos Pablo y yo dos tortolitos, tan felices, tan contentos...

PABLO (aparte).

Es verdad.

CARMEN

En cualquiera parte á que dirigiese mi vista, veía relucir los claros rayos del sol, sin que la menor nubecita viniese á empañar el risueño cielo.

PABLO (aparte).

¡Muy poético!

CARMEN

Cuando pienso en aquel incomparable tiempo, el corazón me late con la fuerza de un martillo que va pulverizando todos y cada uno de mis dulces recuerdos...

PABLO (aparte).

¡Demonio! ¡Demonio!

ASUNCIÓN

¡Pobre niña mía! ¿No eres ya feliz con tu marido?

CARMEN

Pasemos por alto días tan hermosos. La dulzura de la luna de miel me embriagó sin duda, y creí que mi Pablo tenía que ser siempre dichoso á mi lado. Pero ¿quién es capaz de conocer el corazón de los hombres, madre

mía? No es sino un gato que de pronto saca las uñas aun en el mismo momento en que se le está acariciando. *(Muy sombría.)* Y mi marido encierra esa especie de gato en su pecho.

PABLO *(apoyando las manos en la mesa, entre las dos señoras).*

Carmen, me creo obligado á suplicarte...

ASUNCIÓN

Pero ¿á Ud. quién le mete en camisa de once varas?

PABLO

Usted perdone, señora, pero como soy hermano de Pablo no gusto de oir un juicio tan poco favorable para él.

CARMEN

¿Te atreves á defender á tu hermano después de lo que ha sucedido?

PABLO

Dispensa, niña mi... cara cuñada, pero no sé á qué te refieres.

CARMEN

Entonces no interrumpas. Por más que de bien poco te va á servir ese fingimiento, pues también á ti te alcanzará la venganza. (Pablo vuelve á su anterior sitio.)

CARMEN

Pronto me convencí de que mi marido iba estando menos cariñoso, menos amable, menos complaciente. Cada vez era mayor el número de horas en que me dejaba sola, y especialmente por la tarde, para correr en busca de diversiones, al casino, al teatro... ¡Dios sabe adónde! Una tarde, dos tardes, tres tardes, cuatro tardes, siete tardes en la semana, por decirlo de una vez, he permanecido sin más compañía que el canario. (Llora.) Una

noche—¡me acordaré toda mi vida!—acababan de dar las doce cuando sentí una confusa gritería á la puerta de la casa. Levanté la cabeza, de las almohadas, y me dispuse á escuchar.

PABLO (aparte).

Esto lo ha tomado de una novela.

CARMEN

La puerta de la casa fué abierta; un hombre empezó á subir la escalera, y poco después sentí el rechinar de una llave en nuestra cerradura. (Levantándose.) Salté de la cama; una horrible angustia se apoderó de mí, y sin saber lo que hacía, corrí al pasillo, abrí la puerta... y mi marido vino á caer en mis brazos. Un grito se escapó de mi garganta.

ASUNCIÓN (levantándose).

¡Oh!

CARMEN

¡Estaba borracho!

PABLO

¡Hombre, esto es ya demasiado! No me acuerdo ni de una palabra de lo que estás contando.

CARMEN

Pero ¿cómo has de acordarte? Tú y yo no nos conocíamos todavía.

PABLO (contrariado).

Es verdad, es verdad, no nos conocíamos todavía. (Aparte.) ¡Dios de mi alma, cómo mienten las mujeres! (Se pasea por detrás de ellas.)

ASUNCIÓN

Lo que me has referido es, en efecto, muy triste. Pero algo más habrá que una borrachera.

PABLO

Lo mismo creo. Y juzgo imposible que... mi hermano cometiese tal desorden.

CARMEN

Oye, oye, madre mía. Aún no he concluído.

PABLO

Sí, sí, oigamos. La historia es muy entretenida.

CARMEN

Esto pasó la primera vez. Pero no paró ahí. Una tarde, dos tardes...

PABLO (imitando sus gestos).

Tres tardes, siete tardes, por decirlo de una vez...

CARMEN

¡Carlos! No te burles de una pena que tú mismo has causado en tanta parte! ¡Ah, madre mía! Pablo se entregó de lleno á la bebida y desde entonces le perdí ya para siempre.

ASUNCIÓN

¡Qué quieres que te diga, hija mía!

Amontonas cargos y más cargos sobre tu esposo, pero ¿estás segura de no haber contribuído tú misma á que se entregue á esa vida? ¿Supiste retenerle en casa?

PABLO (aparte).

¡Es muy razonable esta vieja!

CARMEN

¿Cómo había de retenerle en casa? Poderoso imán le atraía desde afuera. No sé si el juego, si las francachelas ó si otras mujeres. Tuve que acostumbrarme á vivir sin él. Tras un solo día, vinieron varios días, tras varios días algunas semanas...

PABLO (maliciosamente).

Una semana, dos semanas, tres semanas...

ASUNCIÓN

Apenas puedo comprender lo que me estás contando, hija mía. No hace una hora hubiera jurado que no exis-

tía sobre la tierra pareja más dichosa que tú y tu marido. ¿Por qué todas tus cartas han sido fingidas? Veo con disgusto, niña, que eres una maestra en el disimulo.

PABLO (aparte).

¡Sólo Dios lo sabe bien! ¡Ni yo mismo lo hubiera creído nunca!

CARMEN

Sí, madre mía, he fingido. Tu hija no es ya como era. Pero seguramente te lo hubiera comunicado todo antes, si no... si no...

PABLO (aparte).

Si no fuera todo mentira.

CARMEN

Si no hubiera venido un caballero á suplicarme que guardara el secreto.

ASUNCIÓN

¿Quién?

CARMEN

Y á querer consolarme.

PABLO (acercándose rápido).

¿Quién ha pretendido consolarte?

CARMEN

¿Eso preguntas tú? ¡Madre mía, mírale! (Señala á Pablo.)

PABLO

¿Quién? ¿Yo?

CARMEN

¿No has venido dispuesto á conquistar mi confianza? ¿No me has asegurado que tu hermano ya no aprecia mi amor? ¿No me has dicho que permanezca serena y tranquila? ¿No pretendes acompañarme si mi marido no vuelve? ¿No has venido hoy mismo á... *consolarme?*

ASUNCIÓN

Pero ¿que es lo que estoy oyendo?

PABLO (con aire resignado).

Lo mismo que yo, señora.

CARMEN

¡Ah! Con hipócritas palabras halagabas mi oído. Al principio creí que te inspiraba compasión, pero pronto me fuí convenciendo de que sólo tratabas de abrir un abismo entre mi mari y yo.

PABLO (algo serio).

Pero, Carmen, ¿qué significa todo esto?

CARMEN

No vuelva Ud. á llamarme Carmen. Desde ahora como si nunca nos hubiéramos conocido. Ya he arrancado á Ud. la máscara con que cubría su rostro. ¡Ah, madre mía, madre mía! (Se arroja llorando en brazos de D.ª Asunción.)

PABLO

Vaya, la comedia ha terminado. (Intenta abrazar á Carmen.)

ASUNCIÓN (poniéndose entre los dos).

¡Atrás, caballero! Quien está representando una comedia indigna es usted, no mi pobre hija. Usted ha pretendido perder para siempre á una inocente criatura.

PABLO

Permita Ud., señora, porque esto va ya pasando de castaño obscuro. Tiene usted motivo de sobra para mostrarse tan dura conmigo, pero es sólo hasta que yo demuestre que la historia que acaba Ud. de oir es pura farsa. (A Carmen.) Y tú desde ahora vuelves á ser para mí la Carmen de siempre.

CARMEN

¡No, no! (Aparte.) ¿Qué se propondrá? ¿Querrá descubrirse?

PABLO

¿No? Entonces me fuerzas á hablar ahora mismo.

CARMEN

Si tanto le obligo, hable Ud. cuanto quiera.

PABLO (dudando).

No, no hablo. (Aparte.) No puedo quebrantar mi promesa.

ASUNCIÓN

Ya ha oído Ud., caballero, todo lo que mi hija ha contado. Tiene ella mucha culpa en este desagradable asunto, pero á Ud. debía de caérsele la cara de vergüenza. ¡Es Ud. un mal hermano! ¡Ha cubierto Ud. de oprobio á Pablo, pretendiendo arrancarle su esposa!

PABLO

Yo le suplico...

ASUNCIÓN

Mi instinto maternal me lo dice. Usted ha sido quien ha separado á Pablo de los brazos de su mujer, y

quien le ha aficionado á esa vida disoluta.

CARMEN

Sí, sí.

ASUNCIÓN

Usted ha demostrado su perversidad queriendo devorar, como hambriento lobo, á una inofensiva oveja.

PABLO (aparte).

¡Esto es insufrible!

ASUNCIÓN

Y no le ha sido á Ud. difícil conseguir la primera parte de sus propósitos, porque son muy sencillos los corazones de mis hijos. Por lo demás, vuelvo á repetir que si Carmen ha sido mal guardada por su marido, ella misma tiene la culpa. Las jóvenes se desvanecen si su esposo no está siempre á sus pies, pero si éste no se separa de ellas, pronto se aburren y se consideran las mujeres más desgraciadas de la tierra.

CARMEN

¡Oh, oh! (Llorando.)

ASUNCIÓN

Sí, llora, pues tú has dado seguramente el primer motivo para el presente disgusto. Tu marido tiene en el fondo un buen corazón. ¿Crees acaso que iba yo á dar ciegamente el consentimiento para tu matrimonio? Aunque ausente, me informé bien del carácter, del modo de vivir y de los conocimientos y relaciones de Pablo. ¿No es cosa rara que tan repentinamente se haya convertido en mal esposo, sin que tú para ello dieras motivo?

PABLO

¡Sublime! (Aparte.) ¡Qué suegra más simpática!

ASUNCIÓN

Y basta ya para quien, como este señor, ha ofendido á su hermano. Aho-

ra que ya sabe Ud. mi opinión sobre este asunto, hora es de que conozca usted mi resolución. (Va hacia el sofá del fondo.)

PABLO

Su opinión de Ud. sobre mi hermano es muy favorable para él, y por ello doy á Ud. las más expresivas gracias.

ASUNCIÓN

No lleve Ud. á tal punto su desvergüenza. Como estoy aquí en lugar de mi yerno, ordeno á Ud. en su nombre que abandone esta casa.

PABLO

¿Qué? ¿Yo? ¿Yo tengo que salir de esta casa? ¡Muy bien, Carmen! ¿Oyes lo que tu madre pretende?

CARMEN

¡Váyase Ud., váyase Ud., caballero! Todo lo que mi madre quiera debe hacerse.

ASUNCIÓN

Ya lo oye Ud. Por lo tanto, le suplico... (Coge del sofá las cosas de Pablo.) Aquí tiene Ud. su sombrero, su bastón y su maleta. ¡Vaya Ud. con Dios!

PABLO (tomando sus bártulos).

¡Magnífico! ¡Y pensar que sólo necesito hablar una palabra!...

CARMEN

¡Diga Ud. esa palabra!

ASUNCIÓN

¿Qué es lo que tiene Ud. que decir?

PABLO

¡Oh, nada, nada! (Aparte.) ¡Bonita situación! ¿Faltaré á mi palabra? ¡Nunca! (Alto.) No, no.

CARMEN (aparte).

¡Esta terquedad de los hombres!

ASUNCIÓN

Pues ¿por qué se detiene Ud.?

PABLO

Sólo una pregunta, señora mía: ¿piensa Ud. estar aquí hasta que vuelva mi hermano?

ASUNCIÓN

Me llevaré á mí hija para librarla de las asechanzas de Ud. Hoy mismo quizá saldremos las dos.

CARMEN

¡Eso es! ¡Nos vamos, nos vamos fuera de aquí! (Pablo se ríe.)

ASUNCIÓN

Caballero, esta situación no es para reirse. En nombre de mi yerno, vuelvo á pedir á Ud. que abandone esta casa.

PABLO

Ya estoy completamente serio; aho-

ra mismo dejaré á Uds., pero permítame antes despedirme de Carmen.

ASUNCIÓN

No sé si debo consentirlo.

PABLO

Piense Ud., señora, que es para toda la vida. (Patético.)

ASUNCIÓN

¿Quiere Ud. jurarlo?

PABLO

¿Jurarlo? Sí, señora. Carlos Melitón no volverá á vivir con Carmen López de Melitón.

ASUNCIÓN (retrocediendo algo).

Entonces puede Ud. despedirse, ¡pero pronto!

PABLO

¡Descuide Ud.! (Se acerca á Carmen, la coge

y besa la mano, y la dice en voz baja): ¡Farsante! ¡Al fin te salistes con la tuya! (Alto.) ¡Adiós, señora mía, hasta la... eternidad! (Bajo y de prisa.) Me tienes disgustadísimo. (Alto.) Hoy mismo salgo de esta ciudad. (A D.ª Asunción.) Y Ud., señora, cuente con mi más profunda estimación. ¡Beso á Ud. los pies!... (Sale por el foro.)

ESCENA VII

CARMEN *(á la izquierda).*—DOÑA ASUNCIÓN *(á la derecha).*

CARMEN (aparte).

¿Se marchará de veras?

ASUNCIÓN (dando algunos pasos hacia el centro).

Algún trabajo ha costado, pero al fin se fué. Ahora, hija mía, vamos á hablar seriamente.

CARMEN (distraída).

Con mucho gusto, mamá. (Aparte, mien-

tras se asoma á la ventana.) Quiero ver si sale de casa.

ASUNCIÓN

Tú tienes tanta culpa como ese indecoroso cuñado. Gracias á Dios, he llegado yo á tiempo.

CARMEN (aparte).

María ha salido en busca de un coche. ¡Esto es demasiado!...

ASUNCIÓN

Tú mismo, al portarte mal con tu marido, has animado á su hermano.

CARMEN (mirando hacia dentro, pero completamente distraida).

¡Es verdad, es verdad!

ASUNCIÓN

Pero ¿qué es lo que miras con tanto interés? ¡Supongo que no sentirás la marcha de tu cuñado!

CARMEN

¡Oh, no! Pero quiero ver si realmente... (Asustada.) Sí, sí; ¡ahora sube al coche! ¡Se marcha de veras!

ASUNCIÓN

¿Esperabas otra cosa?

CARMEN

No, no. Me alegro de que se marche. (Ríe forzadamente y añade para sí): ¡Me amenazó! Me dijo:—¡Hasta la eternidad!

ESCENA VIII

Los anteriores. — MARÍA *(por el foro).*

CARMEN (alterada).

¿Qué traes?

MARÍA (bajo, á Carmen).

Una tarjeta del señor. (Se la entrega y sale.)

CARMEN

¿Qué escribirá? Necesito verlo cuanto antes.

ESCENA IX

DOÑA ASUNCIÓN.—CARMEN

ASUNCIÓN

¿Con que nos vamos?

CARMEN

Espera, mamá... Mi marido... Mi marido... (Deja caer el papel.)

ASUNCIÓN (coge el papel).

¿Un escrito de tu marido? Déjame verle.

CARMEN

¡Oh, no, no!

ASUNCIÓN (lee).

"Querida Carmen: Mientras esté tu

madre contigo no pienso volver. Tu esposo, PABLO.„ (Sorprendida.) ¡Tu esposo, Pablo!

CARMEN (bajando la vista).

Pablo.

ASUNCIÓN

¿Luego tu marido no se ha ido de viaje, sino que está aquí?

CARMEN

Sí.

ASUNCIÓN

¿Estoy soñando? ¿Acaso aquel caballero no era?...

CARMEN (luchando consigo misma).

Querida mamá... Mi cuñado... Mi esposo... Yo... Él... (Abrazando á D.ª Asunción.) Perdóname, pero toda la historia ha sido inventada por mí. Mi marido tenía prevención contra las suegras y no quería de ningún modo verte.

ASUNCIÓN

¿Que no quería verme? ¿En qué le he disgustado?

CARMEN

No, si es pura preocupación. Cuando me habló tan mal de las suegras y se mostró decidido á marcharse, le amenacé con irme contigo y entonces decidió quedarse, pero haciendo el papel de su hermano.

ASUNCIÓN (picada).

¿Luego habéis estado jugando conmigo? ¡Muy bien! ¿Y la relación de tu desgraciado matrimonio?

CARMEN (humildemente).

Fué invención mía.

ASUNCIÓN

¿Conque la inventaste? (Pausa. Va hacia la mesa del centro, en la que está su sombrero.)

No quiero turbar vuestra felicidad por más tiempo.

CARMEN

No, no, queridísima mamá. No te vayas. Perdóname. Pablo no sabía nada de lo que yo iba á inventar. Y yo lo hice con buen fin. Quise demostrarle que eras una buena suegra. De este modo ha oído la opinión tan buena que de él tienes formada.

ASUNCIÓN

Todo eso está bien. Pero la lección de nada ha servido, como tú misma ves.

CARMEN

¡Qué infeliz voy á ser si él y tú os mostráis enojados conmigo!

ASUNCIÓN

Tranquilízate. Yo no te guardo rencor alguno. (La besa.) Pero como vuestra felicidad sólo puede existir sin mí, yo

sería la peor de las suegras si no os dejara en seguida. (Toma su sombrero.)

CARMEN

Pero ¿te marchas de veras?

ASUNCIÓN

¿Acaso puedo ó debo quedarme? ¿No es bastante claro el escrito de tu esposo?

CARMEN

Es verdad que él escribe... Pero no, no, tú y yo no debemos dejarnos tiranizar. Deja que se marche adonde quiera, que ya volverá.

ASUNCIÓN

Quizá, pero ¿cuándo y cómo? Y si me encuentra aquí, podrá decir con razón que sólo me he propuesto turbar su dicha. Mi dignidad no me lo permite.

CARMEN

Al menos estate algo más conmigo. (Salen por la izquierda.)

ESCENA X

El cuarto permanece durante un momento vacío. Después, aparece PABLO *en la puerta de en medio, y entra silencioso mirando á todos lados.*

PABLO

Ya tengo curiosidad de saber el efecto que ha producido mi tarjetita. ¡Si yo hubiera sabido que mi suegra era una mujer tan excelente!... (Se abre la puerta de la izquierda.) Pero ahí vienen. Ahora veré cómo hablan de mí. (Se esconde detrás de las cortinas de la ventana.)

ESCENA XI

PABLO.—DOÑA ASUNCIÓN *(con sombrero puesto)*.—CARMEN.

CARMEN

¿No quieres quedarte hasta la tarde, á lo menos? Mi marido ya no puede volver antes de mañana.

ASUNCIÓN

Lo que has de hacer hazlo cuanto antes. Y no debo intentar lo que mi conciencia reprueba. Cuando vuelva, puedes decirle que su mala suegra cumplió al momento su mandato.

PABLO (aparte).

¡Qué suegra, Dios mío! He sido injusto con ella, verdaderamente injusto.

CARMEN

Yo me iré contigo, mamá, pues bien

lo merece Pablo como castigo. Cuando quiera, que vaya á buscarme.

PABLO (aparte).

¡Mire Ud. la niñita!

ASUNCIÓN

¿Qué estás diciendo, hija? Entonces sí que podría incomodarse Pablo. La mujer debe obedecer al hombre. ¿No te dice la Religión: "Abandonarás padre y madre para seguir á tu marido"?

PABLO (aparte).

¡Un ángel! ¡Mi suegra es un ángel! No la dejaré salir de casa.

CARMEN

¿Te vas enfadada con nosotros?

ASUNCIÓN

Ni contigo ni con tu esposo; éste sólo adolece de la preocupación gene-

ral. Pero el coche está á la puerta. Si tu marido te lo permite, no dejes de visitarme alguna vez.

PABLO (aparte).

Ya no me contengo más. Debo besar los pies á esa mujer.

ASUNCIÓN (besa á Carmen).

¡Adiós!

CARMEN

¡Adiós!

PABLO (saliendo rápidamente de su escondite, tomando el medio y cayendo á los pies de D.ª Asunción.)

¡No se marche Ud.! Y perdóneme, mamá, pues de veras me arrepiento de lo hecho. Una señora tan buena no puede guardarme rencor. ¿No es verdad?

CARMEN

¡Pablo! ¡Querido Pablo!

PABLO

Y ahora la pido muy de veras que no se vaya. Debe Ud. quedarse unos cuantos días.

ASUNCIÓN

Levántate, Pablo. No me conocías y no tengo nada de qué perdonarte.

PABLO

¿Y se queda Ud.?

ASUNCIÓN

Me quedo.

PABLO (saltando).

¡Eureka! Este es el día más feliz de mi vida. (Toma á D.ª Asunción de la mano, y presentándosela á Carmen, dice): ¿Sabes que es una verdadera lástima que no conociera á tu madre antes de haberme casado contigo?

ASUNCIÓN

¡Zalamero!

CARMEN

¡Bribón!

PABLO

¡Qué quieres! ¿No formamos una hermosa pareja yo y mi suegra?

FIN

MADRID, Noviembre de 1896.


3 0112 098524835